

RENACE LA ACERA DEL LOUVRE

San 16/24/32



Nos cuenta la leyenda que el Fénix, ave fabulosa y única en su clase, precursora por tanto del baracutey criollo, que también vive de non en el mundo sin necesidad de ayuntamientos con los de su especie (por lo cual merece plácemes, ya que no es poca fortuna poder prescindir de los ayuntamientos, aun de los que se disfrazan con el nombre de distritos) cuentan que el Fénix, repito, luego de vivir largo tiempo en el desierto, a pleno sol y, no obstante, tan a gusto como pudiera estar «la pájara pinta a la sombra de un verde limón», se dejaba quemar en una hoguera (el Fénix, no el limón) para darse más tarde el gustazo, aún mayor, de renacer de entre sus propias cenizas.

Lo único que no explica la leyenda es quién o quiénes eran los encargados de encender la hoguera y mantener el fuego hasta la incineración completa del mitológico pájaro, pues no es de suponer que en el desierto exista una brigada de incendiarios dedicada exclusivamente a tal servicio.

Pero, en fin: dejando para otro día la averiguación de este detalle bomberil, quiero hoy comparar al Fénix, con mi amada Acera del Louvre que, en efecto, parece renacer de sus cenizas con la reapertura del restaurant «Cosmopolita» de gratísimo recuerdo y denominado ahora «Inglaterra», no sólo porque se abre bajo los auspicios de los dueños de este hotel histórico, cerrado por la crisis económica, sino porque ambos nombres condensan, en cierto modo, toda la brillante historia de ese lugar cubanísimo donde hallaron calor, inicialmente, las ideas de libertad, siendo propagadas y defendidas por una juventud valerosa, decidida y fuerte, que no obstante su

alegre etourderie, su aparente frivolidad, sus lances donjuanescos y su libre disfrute de la vida plena, supo responder, en todo tiempo, a los más serios empeños patrióticos y cuando, por dos veces, los clarines de Yara y Baire hendieron el espacio con llamadas bélicas, reclamando para Cuba el esfuerzo de sus mejores hijos, acudió como un solo hombre a la manigua tenebrosa e inhóspita, renunciando bienestar, placeres, comodidad, riqueza, afectos y familia para alcanzar como única gloriosa recompensa, el título de soldado del Ejército Libertador.

Gloria que, al fin, conquistó con su sangre y con sus vidas, cien veces sublimadas por el sacrificio, esa juventud animosa, que recuerda por su valor, desprecio a la vida agresividad y denuedo en el ataque, a los famosos segundones de la Gascaña, pero que supera a éstos en ideales, ya que los gascones realizaban sus hazañas, forzosamente, en el nombre y defensa de un rey, más o menos déspota y un cardenal absolutista y nuestros bravos muchachos peleaban por su propia voluntad y morían heroicamente en holocausto a la diosa Libertad.

Todas estas amables remembranzas y consideraciones, acaso un poco cursis y, desde luego, demodées en esta época de realismo, impurezas y falta de ardor patriótico, bullían confusamente en mi cerebro ha unas horas, debido, tal vez, a los vapores y la espuma del champagne con que gentilmente me obsequiaba el nuevo dueño del establecimiento Diotino López y a la contemplación de la fotografía arriba inserta, en la que puede verse la gallarda figura del general Julio Sanguily rodeado de la que pudiéramos llamar su «escolta» en la paz (los muchachos de

la Acera) en simpática peña al aire libre, ante la puerta del «Cosmopolita», figurando en ella el que fué su ayudante en la guerra y último de los caídos por la Independencia: doctor Jesús Sotolongo y Lynch, muerto en el mismo lugar en que aparece sentado, entre Argüelles y Sotico (también muertos en campaña) y, por rara coincidencia, bajo el trozo de pared en que hoy se ostenta la tarja conmemorativa que por mi gestión fijó allí el Ayuntamiento para perpetuar el nombre, no sólo de Sotolongo allí abatido el 11 de diciembre de 1898, sino los 39 jóvenes más, que sucumbieron, igualmente, en el campo del honor.

Cábeme la triste gloria de haber sido el confeccionador de esa página luctuosa de nuestra historia, escrita en bronce; y al releerla hoy, después de examinar ese grupo fotográfico cuyos integrantes han desaparecido, con la sola excepción del doctor Ignacio Weber que, por fortuna aún vive, pienso en las cenizas, de todos esos mis buenos amigos muertos y acaricio la consoladora esperanza de que nuestra histórica Acera del Louvre abandonada y desierta últimamente, renazca como el Fénix, con la apertura de ese establecimiento que, de fijo, ha de reunir en torno a jóvenes y viejos, devolviendo su tradicional animación a tan simpático lugar.

Y es por ello que brindé, allí, sinceramente y escribo a vuela pluma, pero con todo amor, estos renglones, que ojalá determinen para la Acera la era de su Renacimiento.

del. Abril 24/32

